

EL PLAN DE EDUCACIÓN

UNIDAD *seis*

PRIMER AÑO

1 CARACTERÍSTICAS DE LA ÉPOCA CLÁSICA

Fundamentos de la cultura clásica, cosmovisión (la mitología) y organización sociopolítica, influencia y permanencia de la cultura clásica en la contemporaneidad.

2 LA ÉPICA CLÁSICA

Los grandes rapsodas épicos, la épica y la sociedad tradicional griega, características de la composición épica, los valores épicos.

3 LA TRAGEDIA GRIEGA

La tragedia y las democracias griegas, características de la composición trágica, los valores trágicos.

LIBROS RECOMENDADOS

1 LENGUAJE Y LITERATURA 1er. AÑO

De Rafael Francisco Góchez Fernández.

2 HISTORIA DE LA LITERATURA UNIVERSAL

De Rafael Hernández R.

3 LETRAS I AÑO

De José Roberto Cea.

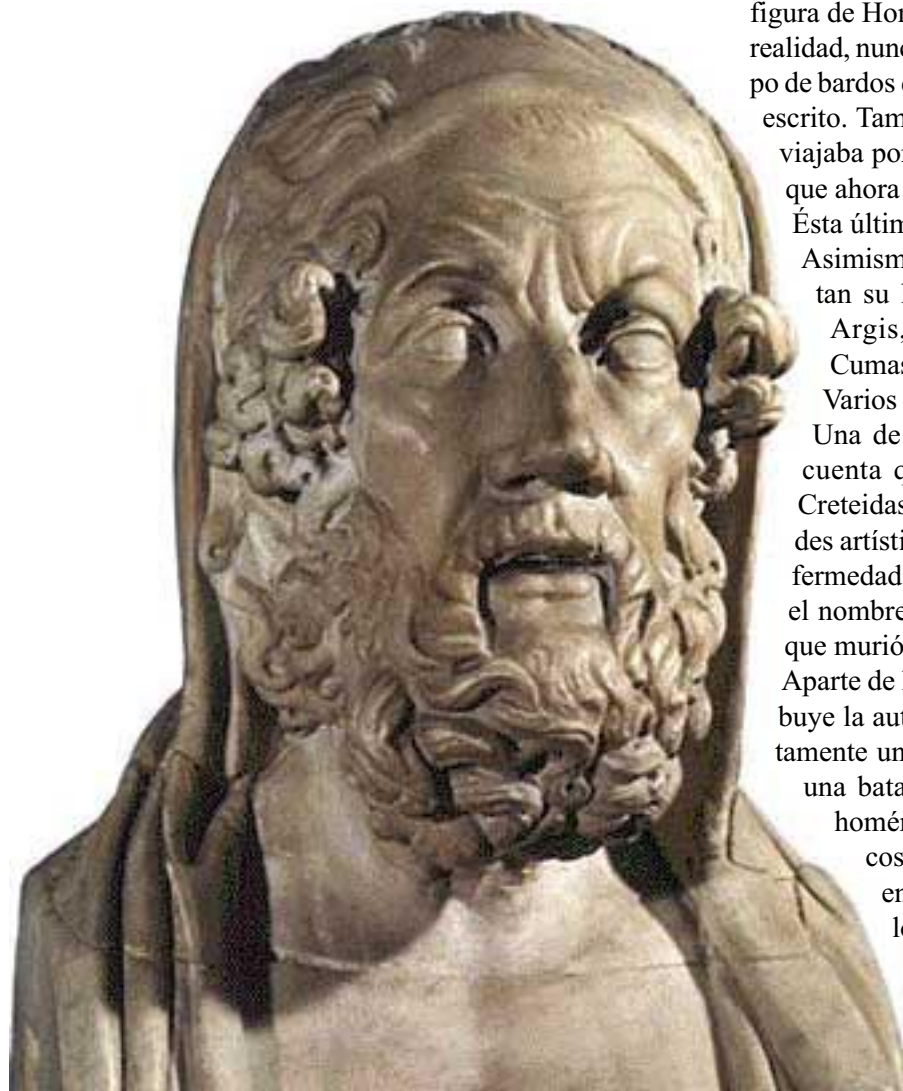
4 EDUCACIÓN ESTÉTICA I

De Luis Melgar Brizuela.

5 TEXTOS DIDÁCTICOS I

De Luis Melgar Brizuela.

Son muchas las contradicciones que surgen ante la figura de Homero, varias de ellas afirman que él, en realidad, nunca existió; otras, que Homero es un grupo de bardos que recogieron las grandes historias por escrito.



Grecia Antigua

Homero

El poeta ciego de Grecia

Homero nació en el siglo. IV a.C., fue un poeta griego, a quién se la atribuyen dos de las más grandes manifestaciones literarias de la Grecia Clásica: la *Ilíada*, que narra un ciclo de la Guerra de Troya y la *Odisea*, el cual, narra las vicisitudes de Ulises (u Odiseo) para poder regresar a su patria, Ítaca.

Son muchas las contradicciones que surgen ante la figura de Homero, varias de ellas afirman que él, en realidad, nunca existió; otras, que Homero es un grupo de bardos que recogieron las grandes historias por escrito. También se dice de él, que era ciego y que viajaba por toda Grecia, recitando de memoria lo que ahora conocemos como la *Ilíada* y la *Odisea*.

Ésta última, una de las versiones más aceptadas.

Asimismo, son varias las ciudades que se disputan su lugar de nacimiento: Colofón, Quíos, Argis, Ítaca, Atenas, Salamina, Esmirna, Cumas, Pilos y Rodas.

Varios autores le atribuyen un origen divino.

Una de las versiones de la vida de Homero, cuenta que es hijo de una huérfana llamada Creteidas y que nació en Esmirna. Sus cualidades artísticas hicieron de él un bohemio. Una enfermedad lo dejó ciego y después de eso, adoptó el nombre de Homero. Esta misma historia dice que murió en Íos.

Aparte de las obras arriba mencionadas, se le atribuye la autoría de la *Batracomiomaquia* (supuestamente una parodia de la *Ilíada*, que consiste en una batalla entre ranas y ratones) los himnos homéricos (una colección de 32 poemas épicos dedicados a distintas deidades griegas,

entre ellas: Afrodita, Atenea, Ares, Hera, los Dioscuros, entre otros) y el ciclo Épico completo (más poemas sobre la guerra de Troya, Edipo y epopeyas de la guerra entre Argos y Tebas).

Leamos salvadoreños, un país que lee crece



ESTAMPA DE LA GUERRA DE TROYA

La Ilíada comienza con el gran enfado de Aquiles, porque Agamenón, rey de los aqueos y jefe de la expedición griega contra Troya, se ha empeñado en quedarse con su esclava favorita, Briseida. En señal de protesta, Aquiles, con su ejército de mirmidones, decide mantenerse al margen de la batalla, en su campamento, junto a las naves griegas atracadas en las playas del Estrecho de los Dardanelos, cercano a Troya. (El Estrecho de los Dardanelos, Helesponto, es la franja marina que une el mar Egeo con el mar de Mármara; así como el mar de Mármara se comunica con el mar Negro, por el estrecho del Bósforo).

Esta decisión supone un grave perjuicio para los aqueos (nombre genérico dado a los griegos de la época micénica) que son diezmados por los defensores de Ilión, la acosada ciudad troyana donde residía el rey Príamo, padre de Héctor y de Paris, el raptor de Helena, esposa de Menelao, el hermano de Agamenón. Los pocos días de batallas del décimo año de la guerra contra Troya que abarca el poema de la Ilíada, van transcurriendo con suerte alternativa para ambos ejércitos. Los aqueos tratan en varias ocasiones de conseguir que Aquiles abandone su pasividad y les ayude a obtener la victoria, pero él se mantiene en su postura hasta que su amado primo y ayudante, Patroclo, es muerto por Héctor, el líder troyano.

Los dioses, divididos en dos bandos y en continuo ir venir del Olimpo, contemplaban la batalla desde el Monte Ida, situado a unos setenta kilómetros de Ilión, e intervenían en ella de forma encubierta encarnándose en héroes de apariencia humana. Unos apoyaban a los griegos y otros, a los troyanos. Zeus actuaba de árbitro, tomando decisiones en favor de uno u otro bando según consideraba que debía equilibrar la marcha de la batalla. Apolo fue el dios que más se jugó en el apoyo a los troyanos, no en balde la leyenda le atribuye la fundación de Troya.

La muerte de Patroclo

Patroclo, ante la pasividad de su general en jefe, solicitó su permiso para incorporarse a la lucha utilizando las armas y la armadura de Aquiles. Aquiles se lo concedió, recomendándole que no se arriesgara demasiado.

Pero Patroclo, enardecido por el fragor de la contienda, dio muerte a varios troyanos, entre ellos a Sarpedón. Aquello desagradó a Zeus que empezó a planear su muerte y alentó que Héctor y los suyos le acosaran sin descanso.

Apolo, siguiendo órdenes de Zeus, rescató el cuerpo de Sarpedón para que los "hermanos

La Ilíada

Resumen de la inmortal obra de Homero

gemelos, Muerte y Sueño", lo transportaron a Licia y pudiera ser enterrado con todos los honores. Después se encarnó en Asio, tío de Héctor, y se dirigió a él con estas palabras: "...guía los corceles de duros cascos hacia Patroclo y trata de matarle, Apolo te dará apoyo".

Cuando Patroclo vio que el carro de Héctor se acercaba velozmente, lanzó una piedra que acertó en plena frente del auriga de Héctor, haciendo que sus ojos saltaran de las órbitas, cayendo en el polvo.

El auriga cayó del asiento a tierra. Héctor descendió del carro y se enfrentó a Patroclo... "Se enfrentaron como dos leones hambrientos que en el monte pelean furiosos por el cadáver de una cierva..., pues así tiraban el uno y el otro del cuerpo exánime del auriga".

Ayudado por los aqueos, Patroclo se hizo, al fin, con el auriga muerto y siguió atacando a los teucros que defendían a Héctor. Pero había llegado su hora. Apolo, en la confusión del combate, le golpeó por la espalda y le quitó el resplandiente yelmo de Aquiles, que rodó sobre el polvoriento suelo por primera vez desde que fuera forjado.

Patroclo sintió que le abandonaban las fuerzas, cuando, de pronto, sintióse alcanzado por la pica de Euforbo. Héctor, al verle herido, fue a su encuentro y "le envasó la lanza por la parte inferior del vientre". Las últimas palabras de Patroclo fueron para Héctor, al que predijo una pronta muerte.

Menelao dio muerte inmediata a Euforbo y se dispuso con los aqueos a defender y rescatar el cuerpo de Patroclo. Ante la llegada de Héctor, pidió ayuda a Ajax y se entabló una fiera lucha entre teucros y troyanos por hacerse con el cuerpo de Patroclo. Ajax le pidió a Menelao que enviara un mensaje a Aquiles avisándole de la muerte de Patroclo, mientras el resto de los combatientes era alentado a defender el cuerpo del muerto. Menelao, a su vez, encargó a Antíloco que transmitiera el mensaje y se puso a defender el cuerpo de Patroclo que, entre todos, iban retirando perseguidos de cerca por los teucros.

Apolo, en la confusión del combate, le golpeó por la espalda y le quitó el resplandiente yelmo de Aquiles, que rodó sobre el polvoriento suelo por primera vez desde que fuera forjado.

Cuando Aquiles escuchó el nefasto mensaje "Dio un horrendo gemido que oyó hasta su madre, la diosa Tetis, desde el fondo del mar". Tetis se trasladó veloz, con toda su corte de nereidas, junto a su hijo que, al verla, proclamó sus deseos de venganza; ella le respondió... "Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices; pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca". A lo que él contestó... "Sufriré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el fornido Hércules pudo librarse de ella".

Tetis le dijo... "Pero tu magnífica armadura, regalo de los dioses a tu padre Peleo el día que me colocaron en su tálamo, la tiene Héctor que se vanagloria de cubrir con ella sus hombros..." - y añadió - "Tu no entres en combate hasta que mañana, al romper el alba, te traiga una hermosa armadura fabricada por Hefesto (Vulcano)". Dicho esto, la diosa envió sus acompañantes al seno del anchuroso mar y se dirigió al Olimpo para encargar la magnífica armadura.

Mientras, la pelea por el cuerpo de Patroclo continuaba entre teucros y aqueos y todo indicaba que Héctor y los suyos se iban a apoderar del macabro botín. Pero la diosa Iris, enviada por Hera (Juno), se presentó ante Aquiles y le dijo: "Levántate y no yazcas más; avergüéncese tu corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos; pues debiera ser para ti motivo de afrenta que el cadáver sufra algún ultraje". "¿Pero cómo habría de combatir sin mi armadura?"- preguntó Aquiles. A lo que ella contestó: "Basta con que te muestres a los teucros a la orilla del foso que rodea las naves para que, temiéndote, cesen de pelear".

Tres veces, el divino Aquiles, gritó a orillas del

foso y tres veces se turbaron los teucros; y doce de los más valiosos guerreros murieron atropellados por los carros y heridos por sus propias lanzas. Los aqueos, aprovechando la confusión causada por las tremendas voces de Aquiles, consiguieron poner a Patroclo fuera del alcance de los enemigos y se encaminaron hacia el campamento.

Hera, la de los grandes ojos, obligó al sol infatigable a hundirse, mal de su grado, en la corriente del Océano y, una vez puesto, los divinos aqueos suspendieron la enconada pelea y el general combate. Los troyanos pensaron en regresar al amparo de la amurallada Ilión por temor a Aquiles si permanecían en campo descubierto, pero Héctor se opuso y expresó su deseo de enfrentarse al mirmidón: "Me propongo no huir de él sino enfrentarlo en batalla horripalada; y alcanzará una gran victoria o seré yo quien la consiga. Que

Ares (Marte) es a todos común y suele causar la muerte del que matar desea".

En el campamento griego, Aquiles lloraba y velaba el cadáver de su amigo: "Esta tierra me contendrá en su seno, ya que he de morir, ¡oh Patroclo!, después que tú. No te haré honras fúnebres hasta que traiga tus armas y la cabeza de Héctor. Degollaré ante la pira funeraria, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres troyanos, y en tanto permanezcas tendido junto a las corvas naves, te rodearán, llorando noche y día, las troyanas y dardánias de profundo seno que conquistamos con nuestro valor y la ingente lanza, al entrar a saco en las opulentas ciudades de hombres de voz articulada".

La furia de Aquiles

Cuando la aurora, de azafranado velo, se levantaba de la corriente del océano para llevar la luz a los dioses y los hombres, Tetis llegó a las naves con la fulgente armadura que Hefesto le había forjado. Halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver de Patroclo, llorando ruidosamente, rodeado de muchos amigos que derramaban lágrimas.

Tetis, la de la casta de Zeus, divina entre los dioses, cogió la mano de Aquiles y le habló de este modo: "Hijo mío, a pesar de nuestra aflicción, dejemos yacer a Patroclo, ya que sucumbió por designio de los dioses, y tú recibe esta ilustre armadura, tan bella como jamás varón alguno haya llevado sobre sus hombros". Aquiles sintió como renacía su cólera, ante la vista de la armadura, a la vez que se gozaba del espléndido presente de Hefesto. Expresó a su madre su preocupación por la descomposición

/Sigue en página 3

Viene de página 2/

del cuerpo del amigo, invadido por un enjambre de moscas.

Tetis vertió unas gotas de ambrosia, el néctar de los dioses, para que el cuerpo se conservara fresco. Después pidió a su hijo que se armara para el combate contra los troyanos. Aquiles vistió la brillante armadura, cogió la grande lanza, que solo él podía manejar, y se dirigió hacia donde estaban los demás héroes aqueos, en la orilla del mar junto al recinto de las naves, y les convocó dando pavorosos alaridos.

Todos acudieron, encabezados por Diomedes y Ulises (Odiseo) que cojeaba a causa de sus heridas, y le rodearon. También llegó el rey Agamenón que, con la apropiación de la esclava Briseida, había provocado el enojo de Aquiles y su renuncia a participar en el combate contra los troyanos. Aquiles le recriminó su conducta, pero expresó su deseo de volver a combatir si obtenía satisfacción del rey.

Agamenón le contestó disculpándose por su comportamiento, atribuyó a los dioses su pérdida de juicio al provocar aquel incidente y le prometió entregarle a la esclava y numerosos presentes como muestra de su arrepentimiento. Aquiles aceptó las disculpas y expresó su firme voluntad de entrar inmediatamente en combate: "Para que todos vean a Aquiles entre los primeros combatientes, aniquilando con su lanza las falanges de los teucros".

El ingenioso Ulises, hijo de Laertes, pidió que se celebrara un gran desayuno para tomar fuerzas para la lucha y añadió: "Que Agamenón entregue los presentes a Aquiles y que jure que nunca subió al lecho de Briseida, ni yació con ella, como es costumbre entre hombres y mujeres. Y tú, Aquiles, procura tener en el pecho un ánimo benigno".

Agamenón estuvo de acuerdo y añadió: "Estoy presto a ese juramento y no invocaré el nombre de la deidad con perjurio". A continuación, ordenó que se trajeran los presentes para Aquiles y que se inmolaran animales y un jabalí en honor de Zeus y del sol, siempre invocado en los juramentos por ser el que todo lo veía sobre la tierra. Aquiles pidió que se demoraran estas ceremonias para después del combate, pero Ulises insistió en su propuesta y Aquiles acabó por consentir, al ver que aquello era lo que sus compañeros y las tropas deseaban.

Se entregaron los presentes, entre los que figuraban siete doncellas expertas en intachables labores, doce caballos, diez talentos de oro (unos trescientos kilos) y la joven

Briseida. Después Agamenón hizo el juramento: "Sean testigos Zeus, la Tierra y el Sol y las Furias (Iras o Eriníes) que bajo tierra castigan a los muertos que fueron perjuros que jamás he puesto mano sobre Briseida". A continuación degolló el jabalí con el despiadado bronce y dijo: "Zeus padre, ¡Cómo llegas a confundir a los hombres!. Jamás, Aquiles, habría sido capaz de arrebatarme a Briseida contra mi voluntad. Pero, sin duda, querías la muerte de muchos aqueos. Ahora - dijo, dirigiéndose a los hombres - id a comer y luego trabaremos feroz lucha contra los teucros".

La asamblea se disolvió y cada uno marchó a su nave. Los mirmidones de Aquiles se hicieron cargo de los regalos, portándolos al campamento. Briseida, semejante a la áurea Afrodita, se dirigió llorosa hacia el tálamo donde yacía Patroclo y entre sollozos exclamó: "¡Oh, Patroclo, amigo carísimo de esta desventurada!, vivo te dejé al partir de la tienda, y te encuentro difunto al volver. ¡Cómo me persigue la desgracia!. Muerto mi esposo por Aquiles y toma-

da de la ciudad de Mines (Limeso), tu no me dejabas llorar diciendo que lograrías que fuera la mujer legítima del divino Aquiles y que entre los mirmidones, en su reino, celebraríamos el banquete nupcial. Ahora que has muerto, no me cansaré de llorar por ti que siempre fuiste dulce conmigo".

Aquiles continuaba llorando a su amigo y sin probar bocado. Zeus se apiado de él y envió a Atenea, su protectora, para que le alimentara con néctar y ambrosia, para evitar que desfalleciera durante el combate. Atenea, semejante a un halcón de desplegadas alas, descendió del cielo, a través del éter y las nubes, y alimentó a su protegido, sin que él lo advirtiera, para evitar que flaquearan sus rodillas.

Después, regresó al palacio del prepotente padre. Mientras, la riada de soldados se alejaba de las naves y el brillo de sus cascos asemejaba los copos de nieve que envía Zeus, en alado vuelo, bajo el impulso del frío Bóreas, nacido del éter. Así de grande era el número de

hombres que aban-

donaban las

naves dis-

puestos al

combate, y

refulgente el

brillo de sus

yelmos, ar-

maduras,

escudos y

lanzas. El ful-

gor llegó al cie-

lo y la tierra se

mostraba risueña

por los rayos que

despedía el bron-

ce. El gran ruido

que surgía de los pies

de los guerreros se al-

zaba hasta el cielo.

Aquiles, lleno de furia,

portaba la armadura for-

jada por Hefesto. Púsose

en las piernas las grebas ajustada con he-

billas de plata; protegió su pecho con la

coraza, colgó del hombro la espa-

da de bronce guarnecida con

argénteos clavos, y se

embrazó el grande y fuer-

te escudo, cuyo res-

plandor semejaba de

lejos el resplandor de

la Luna.

Cubrió la cabeza con

el fornido yelmo

que brillaba como

un astro y sobre él

ondeaban las

áureas y espesas

crines de caballo

que Hefesto colo-

cara en la cimera.

Sacó de su estu-

che la poderosa

lanza que solo él

podía manejar y

alzándola y rugiendo como un león la agitó ame-

nanzando en el aire sobre su cabeza. En tanto, los

aurigas se aprestaban a uncir los caballos a los

carros, sujetándolos con hermosas correas de

cuero brillante; empujaron los frenos entre las

mandíbulas y tendieron las riendas hacia atrás,

atándolas a la fuerte caja de los carros.

El auriga Automedonte saltó al carro con el

magnífico látigo y Aquiles, cuya armadura re-

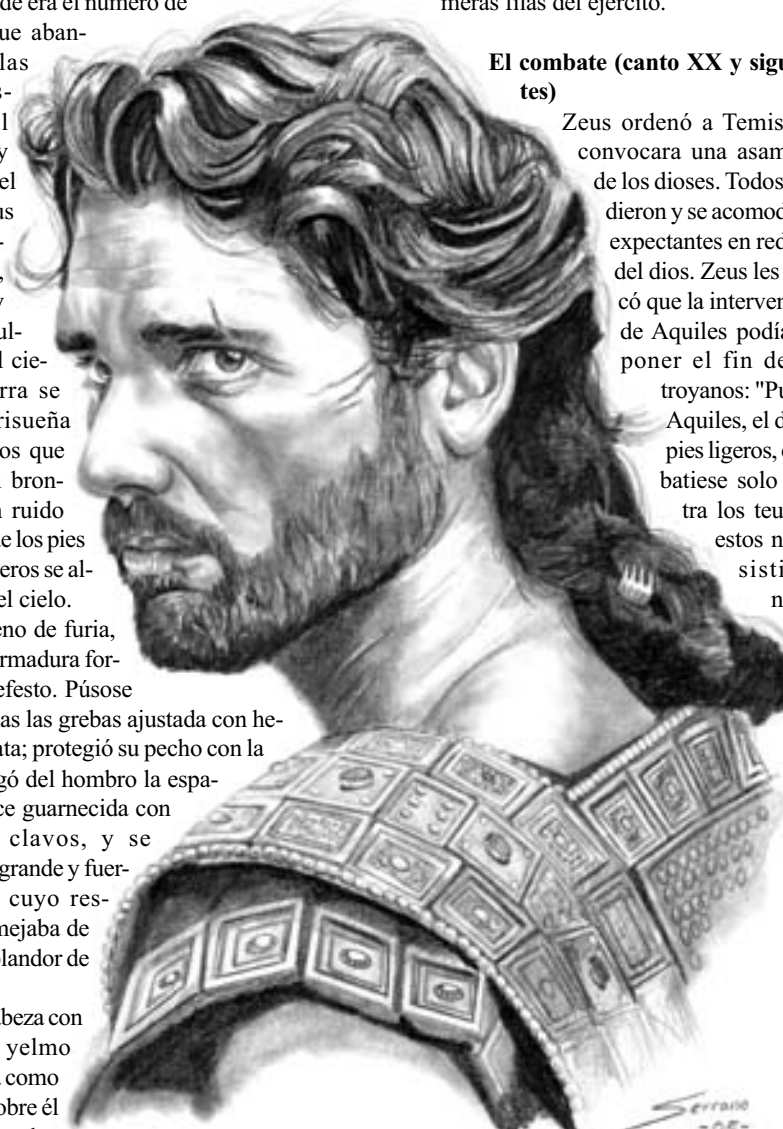
fulgía como el mismo Sol, subió tras él y con

horribles gritos jaleó a los corceles: ¡Janto (Xanthos) y Balio (dos caballos), ilustres hijos de Podarga! Cuidad de traer salvo al campamento de los danaos al que hoy os guía; y no le dejéis muerto en la liza como a Patroclo". Janto, al que Hera dotó de voz, bajó la cabeza, sus ondeantes crines se desplazaron hasta el suelo, pasando sobre la extremidad del yugo, y respondió: "Aquiles, hoy te salvaremos, pero está cerca el día de tu muerte. Nosotros correríamos como soplo del Céfito, que es tenido como el viento más rápido.

Pero tú, como Patroclo, estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un mortal". Dichas estas palabras, las furias les cortaron la voz y Aquiles, indignado, le contestó así: "Janto, ¿Porqué vaticinas mi muerte? Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre; mas, con todo eso, no he de descansar hasta que harte de combate a los teucros". Esto dijo; y dando voces, dirigió los solípedos caballos hacia las primeras filas del ejército.

El combate (canto XX y siguientes)

Zeus ordenó a Temis que convocara una asamblea de los dioses. Todos acudieron y se acomodaron expectantes en rededor del dios. Zeus les indicó que la intervención de Aquiles podía suponer el fin de los troyanos: "Pues si Aquiles, el de los pies ligeros, combatiese solo contra los teucros, estos no resistirían ni un



Héctor, desde su posición, hacía lo mismo con los teucros y buscaba el encuentro con Aquiles.

instante su acometida". Después les pidió que se dividieran en dos bandos y que intervinie-

ran en el combate para equilibrar las fuerzas. En auxilio de los aqueos se encaminaron: Hera (Juno), Pallas Atenea (Minerva), Poseidón (Neptuno), Hermes (Mercurio) y Hefesto (Vulcano), y hacia las tropas troyanas acudieron: Ares (Marte), Febo Apolo (Apolo), Artemisa (Diana), Leto (Latona), Janto (un dios menor del río del mismo nombre, cercano a Ilión) y Afrodita (Venus). (Conviene recordaros que Hera era la madre e Eneas y Afrodita la ven-

cedora del juicio de París, en que éste la había elegido como la más bella entre las diosas).

Mas así que los olimpios penetraron entre los guerreros, levantóse la terrible discordia que enardece a los varones y les hace venir a las manos, estableciendo la feroz contienda.

Zeus, desde lo alto del Monte Ida, observatorio de los dioses durante la batalla (el Monte Ida se encuentra a unos 70 kilómetros de Troya), tronó horriblemente, y Poseidón sacudió desde las profundidades la inmensa tierra. Asustóse Aidoneo (Plutón), rey de los infiernos, y saltó de su trono temiendo que la tierra se abriese y se hicieran visibles las horribles y tenebrosas mansiones de los muertos, visión que hasta las deidades aborrecían.

Ares alentaba a Héctor y Apolo a Eneas a enfrentarse con Aquiles, para frustrar el deseo de éste de enfrentarse a Héctor, pero Eneas le dijo al dios: "...Ningún hombre puede combatir con Aquiles, pues a su lado siempre acude alguna deidad que le libra de la muerte. Si un dios me apoyara para igualar las condiciones del combate, Aquiles no me vencería". Apolo insistió: "¡Héroe! Ruega tu también a los dioses auxilio, pues dicen que naciste de Afrodita, hija de Zeus, y el pelida es hijo de una diosa inferior, pues la primera descende de Zeus y Tetis fue hija del anciano del mar.

Levanta el indomable bronce y marcha al encuentro de Aquiles. Así lo hizo Eneas. Cuando Aquiles lo tuvo frente a frente le dijo que para que trataba de enfrentarse con él si sabía que podía vencerle como ya lo hizo tiempo atrás: "Te aconsejo que vuelvas con tu ejército, antes de padecer daño alguno; que el necio solo conoce el mal cuando ha llegado".

Pero Eneas, orgulloso de su linaje, respondió desafiante y arrojó su lanza contra Aquiles que con gran estruendo se clavó en el imponente escudo, recubierto de láminas de bronce oro y plata, del hijo de Peleo que, a su vez, lanzó la suya traspassando el escudo de Eneas y, pasando sobre su hombro, se hincó en el suelo.

Aquiles desnudó la espada y se abalanzó sobre Eneas. Poseidón, viendo que Eneas quedaba a merced de su atacante, fue en su auxilio. Extendió una nube y elevó a Eneas por encima de los combatientes, llevándolo al otro extremo del campo de batalla sin que

Aquiles lo advirtiera, y le dijo: "Retírate cuantas veces le encuentres, no sea que te haga descender a la morada del Hades (el reino de los muertos). Pero cuando Aquiles muera, según está escrito, no temas luchar entre las primeras filas, pues ningún aqueo te podrá matar (¿Qué hubiera sido de la Eneida de Virgilio sin Eneas?). Cuando la niebla se retiró de los ojos de Aquiles, éste comprendió que algún dios había favorecido a Eneas, haciéndole desaparecer.

Aquiles, saltando entre las filas, arengó a los aqueos incitándoles al combate cuerpo a cuerpo. Héctor, desde su posición, hacía lo mismo con los teucros y buscaba el encuentro con Aquiles. Pero Apolo logró disuadirle de un enfrentamiento directo. Mientras, muchos valerosos teucros caían bajo el ímpetu de Aquiles que se batía en feroz combate contra todos los que se ponían a su alcance. Una de sus numerosas víctimas, Polidoro, hermano de Héctor, fue atravesado de parte a parte por la lanza del pelida y, encorvado, con las entrañas en la mano, fue visto por Héctor que, furioso, fue al encuentro de Aquiles arrojándole su lanza. Atenea, con un leve soplo, desvió la trayectoria e hizo que el arma retornara a los pies de Héctor.

/Sigue en página 4

Viene de página 3/

Aquiles arremetió contra él dando horribles gritos, pero Apolo cubrió a Héctor con una densa niebla, ocultándole, como hiciera Poseidón con Eneas, de la vista de Aquiles que, rabioso, exclamó, tratando de acertar a ciegas con la carne de Héctor que se le ocultaba: "De nuevo te has librado de la muerte. Yo acabaré contigo, más tarde, si algún dios me ayuda, como contigo han hecho" y siguió esparciendo, con saña, la muerte por todos lados. El ímpetu de Aquiles se extendía a todos sus guerreros y lograron que los teucros buscaran refugio en la amurallada Ilión, donde Príamo veía aproximarse el desastre.

Los griegos habrían asaltado Troya de no ser porque Apolo incitó a Agenor a interponerse y arrojar su lanza sobre Aquiles, el invencible. La pica rebotó en la formidable armadura que Hefesto forjara. Viendo Apolo que el pelida corría veloz hacia Agenor, le retiró de la batalla, tomando su forma. Inició una carrera, distanciándose del recinto amurallado de la ciudad, mientras Aquiles y los suyos le perseguían.

Esta maniobra de distracción, permitió que los teucros lograran refugio en la ciudad, que "como cervatos se recostaron en los hermosos baluartes, refrigeraron el sudor y bebieron para apagar la sed".

El hado funesto solo detuvo a Héctor para que permaneciera fuera de los muros de Ilión, junto a las puertas esneas. Apolo, harto de la carrera de distracción de Aquiles y los suyos, se encaró con él y le reveló el engaño.

Aquiles, enfurecido con el dios, exclamó: "¡Oh flechador, el más funesto de los dioses!. Me engañaste, alejándome de la muralla, cuando todavía habrían mordido la tierra muchos teucros, antes de llegar a Ilión. Me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado con facilidad a los teucros, ya que no temes mi venganza. Y, ciertamente, me vengaría de ti si mis fuerzas lo permitieran". Dicho esto, sin esperar contestación del dios, regresó corriendo a las murallas de la ciudad; como el corcel vencedor en la carrera de carros, trotaba el veloz Aquiles, tan ligeramente movía los pies y rodillas.

Príamo fue el primero, desde su torre, en verle venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en otoño se distingue entre otras muchas estrellas, por sus vivos rayos, durante la noche oscura y recibe el nombre del perro de Orión (Cannis Minor), el cual, con ser brillantísimo, constituye una señal funesta, porque trae excesivo calor a los míseros mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe, mientras corría.

Príamo, viendo que su hijo amado permanecía inmóvil junto a las puertas, le pidió a gritos que no continuara, allí, solo y le urgió a que entrara en la ciudad. Príamo ya echaba en falta, entre los muros de la ciudad a sus otros dos hijos, Polidoro y Licaón, que habían sido muertos por Aquiles, y le dijo a Héctor: "Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y las troyanas; no quieras proporcionar inmensa gloria al pelida y perder tú mismo la existencia. ¡Compadécete de mí! De este infeliz y desgraciado que aún conserva la razón, después de

contemplar tantas desventuras: muertos mis hijos, esclavizadas mis hijas, destruidos los tálamos, arrojados los niños por el suelo en el terrible combate y las nueras arrastradas por las fuertes manos de los Aqueos...".

Príamo y Hécuba siguieron con sus ruegos a Héctor para que entrara en la ciudad, pero Héctor se consideraba responsable del desastre sobrevenido sobre su ejército por haberse empeñado en mantenerlo fuera del recinto de la ciudad, plantando cara a los aqueos en campo abierto. Por unos instantes, pensó en dejar las armas contra las murallas y tratar de negociar con Aquiles una rendición honrosa de Ilión, devolviendo a Helena y los tesoros que Alejandro (Paris) trajera con ella a Troya. Además, le propondría entregar la mitad de los tesoros de la ciudad contenía, pero se dijo: "No, no iré a suplicarle; que sin tenerme consideración ni respeto, me matará inerme, como a una mujer, tan pronto como deje las armas. Imposible es conversar con él desde lo alto de una encina o de una roca, como un mancebo con una doncella: sí, como un mancebo y una doncella suelen conversar. Mejor será comenzar el combate, para que veamos a quién concede Zeus la victoria. Cuando vio que Aquiles se le acercaba, cual si de Ares se tratara, con su armadura y su escudo brillando como el resplandor del fuego del sol naciente, se echó a temblar y huyó espantado.

Como el gavián se lanza en vuelo tras la tímida paloma, así Aquiles volaba enardecido tras de él. En la loca carrera llegaron a dos cristalinos manantiales, que son las fuentes del río Janto voraginoso. El primero tiene agua caliente y lo cubre el vapor como si allí hubiera un fuego abrasador; el agua que brota del segundo es, en verano, como el granizo, la fría nieve o el hielo. Cerca hay unos lavaderos de piedra, grandes y hermosos, donde las esposas y las bellas hijas de los troyanos solían lavar sus magníficos vestidos en tiempo de paz. Por allí pasaron los dos contendientes, en veloz carrera, y así llegaron a dar tres vueltas a la ciudad de Príamo.

Los dioses les contemplaban y Zeus dijo: "Mi corazón se compadece del caro Héctor, que tantos muslos de buey ha quemado, en mi obsequio, en las cumbres del Monte Ida. ¡Deliberad, oh, dioses!, y decidid si le salvaremos de la muerte horripunda o dejaremos que muera a manos de Aquiles".

Respondióle Atenea: "¿De nuevo quieres salvar de la muerte a Héctor a quien el hado ha condenado a morir? Hazlo, pero no todos los dioses lo aprobaremos".

Zeus le contestó, abrumado por la vehemencia de su hija: "Tranquilízate, hija querida, pues quiero ser complaciente contigo. Obra conforme a tus deseos y no desistas en tu empeño de ver muerto a Héctor".

La diosa descendió en raudito sobre la llanura. Mientras tanto, Aquiles acortaba distancia, sin cesar de correr tras Héctor, impidiendo una y otra vez que éste se acercara a las puertas de la ciudad. Ni Héctor podía escapar de Aquiles, ni éste conseguía dar alcance a Héctor, que había recibido fuerzas de Apolo por

última y postrera vez. Aquiles hacía señas a sus guerreros para que no dispararan flechas contra el perseguido, ni trataran de detenerle, pues quería para sí mismo toda la gloria.

Cuando, en la cuarta vuelta, pasaban por los manantiales, Zeus tomó la balanza de oro y puso en cada lado la suerte de cada uno de ellos. La balanza se inclinó bajo el peso del día fatal de Héctor y penetró hasta el Orco. Al instante, Apolo desamparó al troyano y Atenea se acercó a Aquiles:

"Párate y respira; persuadiré a Héctor para que luche contigo frente a frente"- le dijo - y fue en busca de Héctor tomando la forma de Deifobo, hermano de Héctor.

Llegó hasta él y le pidió que rechazara el ataque del pelida: "¡Mi buen hermano! Nuestro padre, nuestra venerable madre y los amigos me abrazaban las rodillas y me suplicaban que me quedara con ellos; de tal modo tiemblan todos, pero mi ánimo se sentía atormentado por grave pesar y vengo en tu auxilio. Ahora peleemos con brío sin dar reposo a la pica, para ver si Aquiles nos mata y se lleva nuestros sangrientos despojos a sus cóncavas naves o sucumbe vencido por tu lanza". Dicho esto, Atenea se puso a caminar obligando a Héctor a acompasar su paso. Cuando llegaron frente a Aquiles, Héctor le dirigió estas palabras: "No huiré más de ti, como hasta ahora. Mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me des muerte. Si Zeus me concede la victoria y te arranco la vida, cuando te haya despojado de tus armas entregaré el cadáver a los aqueos. Obra tu conmigo de igual manera y entrega mi cuerpo a mi familia.

A lo que Aquiles respondió: "No me hables de pactos, ¡¡Maldito!!. Igual que no es posible la alianza entre los leones y los hombres, ni el acuerdo entre lobos y corderos, que solo piensan en destrozarse los unos a los otros, tampoco puede haber pactos ni amistad entre nosotros, hasta que uno de los dos caiga y Ares quede saciado de sangre. Revístete de valor, pues es preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no puedes escapar, pues Atenea te hará sucumbir, herido por mi lanza, y pagarás todos los dolores causados a mis amigos, a los que mataste cuando manejabas furiosamente la pica". Diciendo esto, blandió y arrojó con furia la fornida lanza. Héctor reaccionó con agilidad y evitó el golpe. La lanza se clavó en el suelo. Atenea la recogió y la devolvió a Aquiles sin que Héctor lo advirtiese. "¡Erraste el tiro, deiforme Aquiles!... Ahora, ¡guárdate de mi broncinea lanza!. ¡Ojalá toda ella se escondiera en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los troyanos si tu murieses, porque eres su mayor azote".

Así habló Héctor y lanzó la lanza que rebotó en el escudo de Aquiles. Cuando se volvió hacia Deifobo, para pedir otra pica, vio que éste había desaparecido y comprendió el engaño de los dioses: "¡Oh, ya los dioses me llaman a la muerte! - exclamó - cercana la tengo y no puedo evitarla. Así les habrá placido a Zeus y Apolo que antes me salvaban de los peligros. ¡Cumpliose mi destino!. Pero no quisiera morir cobardemente, sin gloria, sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los tiempos venideros".

Dicho esto, desenvainó la espada y se arrojó contra Aquiles, como el águila de alto vuelo se lan-

za sobre la llanura, atravesando las nubes, para arrebatar un tierno cordero o una trémula liebre. Aquiles embistióle, a su vez, con el corazón rebosante de feroz cólera, mientras, rápido, examinaba la parte más vulnerable del cuerpo de Héctor, protegido, como estaba, por la armadura de Aquiles que arrancara del cuerpo de

Patroclo, después de darle cruel muerte. Solo quedaba al descubierto el lugar en que las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta, que es el sitio por donde

de más pronto escapa el alma. Por allí le envainó la pica y la punta asomó por la nuca, sin dañarle la traquea para que pudiera hablar y responderle.

Héctor cayó sobre el polvo, y Aquiles, jactándose del triunfo, le dijo: "...A tí los perros y las aves te despedazarán ignominiosamente, y a Patroclo le haremos honras fúnebres". Héctor, con tenue voz, respondió: "No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas. Acepta el bronce y el oro que, en abundancia, te darán mis padres, y entrega el cadáver a los míos para que lo lleven a mi casa y los troyanos lo pongan en la pira".

Aquiles, mirándole con torva faz, replicó: "No me supliques ¡¡perro!! Resumen de La Ilíada La Iliada comienza con el gran enfado de Aquiles, porque Agamenón, rey de los aqueos y jefe de la expedición griega contra Troya, se ha empeñado en quedarse con su esclava favorita, Briseida. En señal de protesta, Aquiles, con su ejército de mirmidones, decide mantenerse al margen de la batalla, en su campamento, junto a las naves griegas atracadas en las playas del Estrecho de los Dardanelos, cercano a Troya. (El Estrecho de los Dardanelos, Helesponto, es la franja marina que une el mar Egeo con el mar de Mármara; así como el mar de Mármara se comunica con el mar Negro, por el estrecho del Bósforo).

Esta decisión supone un grave perjuicio para los aqueos (nombre genérico dado a los griegos de la época micénica) que son diezmados por los defensores de Ilión, la acosada ciudad troyana donde residía el rey Príamo, padre de Héctor y de Paris, el raptor de Helena, esposa de Menelao, el hermano de Agamenón.

Los pocos días de batallas del décimo año de la guerra contra Troya que abarca el poema de la Iliada, van transcurriendo con suerte alternativa para ambos ejércitos. Los aqueos tratan en varias ocasiones de conseguir que Aquiles abandone su pasividad y les ayude a obtener la victoria, pero él se mantiene en su postura hasta que su amado primo y ayudante, Patroclo, es muerto por Héctor, el líder troyano.

Los dioses, divididos en dos bandos y en continuo ir venir del Olimpo, contemplaban la batalla desde el Monte Ida, situado a unos setenta kilómetros de Ilión, e intervenían en ella de forma encubierta encarnándose en héroes de apariencia humana. Unos apoyaban a los griegos y otros, a los troyanos. Zeus actuaba de árbitro, tomando decisiones en favor de uno u otro bando según consideraba que debía equilibrar la marcha de la batalla. Apolo fue el dios que más se jugó en el apoyo a los troyanos, no en balde la leyenda le atribuye la fundación de Troya.

El hado funesto solo detuvo a Héctor para que permaneciera fuera de los muros de Ilión, junto a las puertas esneas. Apolo, harto de la carrera de distracción de Aquiles y los suyos, se encaró con él y le reveló el engaño.



Influencia y permanencia:

Lo precolombino y El Salvador actual

LA ÉPOCA PRECOLOMBINA ABARCA DE MANERA OFICIAL DESDE EL 1000 A.C. HASTA EL 1524 D.C.

SEGUNDO AÑO

1 LAS CULTURAS PRECOLOMBINAS Y LA VIDA ACTUAL

Influencia y permanencia del pasado prehispánico en nuestra Latinoamérica, nexos y distancias entre ambas realidades, etc.

2 CONTEXTO SOCIOCULTURAL

Características generales de las civilizaciones precolombinas, cosmovisión, mitología, organización sociopolítica, etc.

3 LA LITERATURA PREHISPÁNICA

Concepto de literatura, diferencias con la cultural occidental, cultura y religión, géneros literarios, mitología, etc.

LIBROS RECOMENDADOS

1 LENGUAJE Y LITERATURA 2do. AÑO
De Rafael Francisco Góchez Fernández.

2 HISTORIA DE LA LITERATURA UNIVERSAL
De Rafael Hernández R.

3 LETRAS II AÑO
De José Roberto Cea.

4 EDUCACIÓN ESTÉTICA II
De Luis Melgar Brizuela.

5 TEXTOS DIDÁCTICOS II
De Luis Melgar Brizuela.



Durante la época precolombina (antes de la llegada de los españoles) fueron muchos los pueblos que habitaron el territorio salvadoreño, divididos principalmente en 4 grandes grupos: autóctonos, proto-nahoas, maya-quiché y aztecas o mejicanos.

Asimismo, gracias a esta convergencia de culturas, en el país eran cinco los idiomas o lenguas que se hablaban en esa época: pipil, chontal, popoluca, patón y taulepalua.

La época precolombina abarca de manera oficial desde el 1000 a.C. hasta el 1524 d.C. y se divide en varios periodos, los cuales son:

Primera población: Los primeros pobladores de las tierras ac-

tuales de Centroamérica fueron grupos de personas conocidas como paleoindios, se dice que emigraron hasta aquí alrededor del 1000 a.C. al final de la glaciación de Wurm (es decir, al final de la última era de hielo).

Período preclásico: Abarca desde 1500 a.C. hasta 250 d.C., la población deja de ser nómadas y se vuelve sedentaria, llegan los mayas y los lencas a las tierras, empieza la fabricación de cerámica y en general, las poblaciones aborígenes son fuertemente influenciadas por la cultura olmeca.

Preclásico temprano: Desde 1500 a.C. hasta 900 a.C., inicia la formación de aldeas agrícolas, existe evidencia de una

unión comercial de los pobladores indígenas con el área de Soconusco en Chiapas (México). El asentamiento más antiguo de que se tiene constancia en El Salvador data de esta fecha y se encuentra en lo que hoy conocemos como El Carmen.

Preclásico tardío: De 500 a.C. a 250 a.C., ocurre una expansión demográfica en la zona, dando origen a nuevas poblaciones, asimismo, se datan nexos con culturas en el sureste de Mesoamérica. Una característica de este período son las llamadas cabezas de Jaguar (esculturas), de las cuales, se han rescatado algunas para su exhibición. También, el actual lago de Ilopango hace erupción

/Sigue en página 6



Viene de página 5/

en este período, por lo que los pobladores tuvieron que deshabitarse la zona central y occidental del país.

Período clásico:

Data de 250 d.C. hasta 900 d.C., Las poblaciones se dividen en dos grandes grupos: los pobladores de las zonas occidental y central mantienen comercio y son influenciados culturalmente por Copán y Teotihuacán; mientras que en la zona oriental, el comercio y la influencia cultural procedían de los Úlua de Honduras.



Los indígenas salvadoreños fueron despojados de sus ejidos y de sus riquezas.

Clásico temprano:

Desde 250 a 600 d.C., Las zonas desalojadas por la erupción del ahora Lago de Ilopango son nuevamente rehabilitadas. En el occidente del país, las comunidades de Chalchuapa emigran y reorganizan en Cordillera Apaneca, para luego volver e iniciar la construcción de Tazumal, el cual sería centro ceremonial de la ciudad.

En el Valle de Zapotitán, se levantan nuevas poblaciones como San Andrés, que se erige como ciudad dominante de Joya de Cerén, la cual es sepultada en su totalidad por el volcán Laguna Caldera al final del período clásico temprano en el 600 d.C.

Clásico tardío: Desde 600 a 900 d.C., Los centros ceremoniales de San Andrés y Tazumal alcanzan su mayor auge. En el Área del cerrón Grande sitios como El remolino, el Tanque y la Ciénaga tienen montículos ceremoniales como el juego de pelota. Existe evidencia de una posible unión de etnias entre la zona occidental y la zona central; en Oriente, surgen Los Llanitos y la Asanyamba. La cultura de Cotzumalhuapa se erige en Cara Sucia. En el 800, Teotihuacán cae y es abandonada, asimismo, San Andrés y Quelepa quedan deshabitadas.

Posclásico temprano: De 900

d.C. a 1200 d.C., Se realiza la migración pipil a tierras de El Salvador; la zona occidental y central, presenta fuerte influencia tolteca (Cihuatán y Chalchuapa); la zona oriental, en cambio sufre fragmentación por el abandono de Quelepa. En 1200, Cihuatán y Las Marías son destruidos y abandonados, presuntamente por conflictos entre tribus pipiles. En este período ocurre la última emigración pipil a lo que es hoy Antigua Cuscatlán.

Posclásico tardío o Protohistórico: De 1200 d.C. a 1524, el territorio se divide en tres partes:

- * Reino Payaquí (Señorío Chortí)
- * Señorío de Cuscatlán (Señorío pipil)

* Señorío de Popocatepet (Señorío Lenca)

De todos ellos el más importante fue el Señorío de Cuscatlán, el cual logró unificar todas las poblaciones pipiles.

El territorio salvadoreño en ese período era habitado por los potones, chortis, xincas, kakawiras, chorotegas, pocomanes y pipiles. Los pipiles y los lencas habitaban el centro y el occidente del país; en el oriente, se encontraban los potones; los maya-chortis se encontraban en Chalatenango y Metapán; mayas-pocomanes en Chalchuapa, Atiquizaya y Ahuachapán; los xincas en el pueblo de Mopicalco (frontera con Guatemala), los kakawiras en San Miguel, Morazán y La Unión, y finalmente, los chorotegas en Nicomongoya (frontera con Honduras).

Pipiles

Los pipiles son un grupo de pueblos nahuas que llegan al territorio en el 900 a.D.C., durante el período Epiclásico (que finaliza en 1200 a.D.C.), para sobrevivir, los habitantes anteriores a ellos, hicieron alianzas con los invasores en Tazumal (pocomanes) y Cihuatán (mayas y lencas). Pero, al final del período Epiclásico en 1200 a.D.C., los pipiles atacan y estos sitios son abandonados. Asimismo, los pipiles organizan

EL TERRITORIO DE EL SALVADOR TENÍA TRES SEÑORIOS: CHORTI, PIPIL Y LENCA EN EL PERÍODO POSCLÁSICO DE 1200 D.C. A 1524 D.C.



cacicazgos en varios lugares como: Ahuachapán, Apaneca, Apastepeque, Cuscatlán, Guacotecti, Ixtepeh, Izalco y Tehuacán. Sin embargo, fue el Señorío de Cuscatlán, quien unificó el territorio pipil, erigiéndose por encima de los demás y convirtien-

do a los otros en dependientes de éste.

Asimismo, durante el siglo XI, los maya chortí crean el Reino Payaquí, un siglo después, su imperio es tocado por la influencia de los pipiles, llegando a hablarse entre los Chortí una variante

del nahúatl. Tiempo después, en 1400, los pipiles conquistan el Señorío de los Pocomanes y su capital, Atiquizaya.

Organización

/Sigue en página 7

Viene de página 6/

Los pueblos precolombinos estaban organizados en ciudades-estados, independientes entre sí y en su mayoría, autónomos.

En El Salvador, uno de los grupos más fuertes, los pipiles, organizaron su territorio desde el Río Paz hasta el Bajo Lempa en cacicazgos o ciudades-estados, cuyo jefe principal era el cacique, al que se le daba el título de Tagatécú. El Tagatécú ejercía sus funciones como rey absoluto en todas las actividades de su pueblo, en las actividades religiosas, se encontraba presente en todas las ceremonias de culto, en el ámbito judicial, era el encargado de impartir justicia; en el ámbito administrativo, organizaba los tributos y en tiempos de guerra, era quién dirigía al ejército.

Como segundo al mando, para ayudar en sus funciones al Tagatécú, era escogido de entre todos, un príncipe valiente, que ostentaba el título de Ciguacúat.

Los pipiles, tenían un orden militar de tres clases: ocelotes (caballeros tigres), los cuauhcue (caballeros águilas) y los teculucelus (los valientes búhos). A los jóvenes pipiles se les llevaba a una especie de escuelas de guerra, para que aprendieran a usar las armas. Luego de esta educación, los jóvenes eran incorporados en la jerarquía militar profesional: Tilpúshcal y Calmécat. El servicio militar era obligatorio a partir de los 15 años de edad.

En el área social, los pipiles tenían tres clases sociales: los nobles (pipiltziu) que eran en su mayoría guerreros; los de clase media: comerciantes y artesanos y finalmente, los plebeyos o mazehuales.

En el ámbito familiar, los pipiles poseían la constitución del matrimonio, en donde existía una igualdad por ambas partes; asimismo, el vínculo se efectuaba tanto por contrato civil como por ceremonia religiosa. El matrimonio arreglado en la adolescencia era para toda la vida, por lo que, el adulterio era castigado so pena de muerte; asimismo, la herencia familiar pasaba a manos del hijo mayor, el cual se constituía jefe de familia y si no hubieren here-

deros, llegaba a formar parte del Estado.

Si bien entre los pipiles existía la esclavitud, estos esclavos tenían esposa, tierras, hijos y libertad, a diferencia de la esclavitud europea. Solo eran esclavizados los pipiles que se rehusaban a trabajar y a contraer matrimonio, y aún así, ellos tenían opción de recuperar su libertad.

Entre los pipiles no se podía tomar venganza y la pena de muerte (despeñamiento) era impartida por homicidio, adulterio, seducción de vírgenes con voto de castidad, homosexualidad, traición y embriaguez.

José Feliciano Ama, indígena de Izalco, fué uno de los jefes de la insurrección obrera y campesina de 1932. Ama sustentó la causa del Partido Comunista, por haber sufrido en carne propia la soberbia y tropelía de quienes los explotaban sin misericordia.

Economía y arte

Entre los pipiles su forma de sobrevivir consistía en la agricultura (principalmente). Los pipiles cultivaban maíz, frijol, palta, piña, papaya, cacao y algodón.

En el arte pipil, la vida giraba en torno a la religión, por lo que la mayoría de las figuras que se conservan hasta hoy de ellos tienen cierta connotación religiosa: incensarios con el rostro de Tlaloc (dios de la lluvia) y efigies de jaguares sentados, entre otros.

Asimismo, cabe mencionar que sentían un gran respeto hacia la mujer, como el medio para crear nuevas vidas.

Religión

Entre los pipiles, existía un culto generalizado a Tlaloc y a Xipe-Tótec, el dios desollado, la ceremonia de éste último consistía en un sacrificio humano, donde el sacerdote, en medio de un trance, desollaba a la víctima, y cubría su cuerpo con la piel ensangrentada de el sacrificado.

La religión de los pipiles en líneas generales estaba basada en el ciclo vital: nacimiento, vida y muerte, pero también, daban importancia a la caza, a la pesca y ala agricultura. Los pipiles observaban los astros, como una forma de predicción del futuro y los adoraban, al igual que hacían muchas culturas antes y durante



que ellos.

El dios primero en la religión de los pipiles era Téotl. En segundo plano, se encontraban Quetzalcóatl e Itzqueye; en tercer puesto, Tal y Metzi, Tonal, Chalchitlicue, Xipe Totec, Ehecat, entre otros estaban como dioses menores.

Según una leyenda pipil, Quetzalcóatl, el dios primero se va de su reino, huyendo de los adoradores de Tezcatlipoca y llega a nuevas tierras donde funda Tecpan Izalco y Cuscatlán (este último formándose tiempo después, como el Señorío de Cuscatlán, el más importante en el último período de la época precolombina).

Itzqueye, que es la esposa de Quetzalcóatl, es venerada junto con él, en la fiesta después de que los pipiles ganaban una guerra, a esta fiesta se le conoce como Mitote.

Asimismo, la adoración a Tlaloc, incluía leyendas sobre los tepeúa (o muchachos de la lluvia), los cuales, controlaban las estaciones y descubrían el maíz.

Guerras, Mitote y Sacrificios de victoria

Las guerras entre los cacicazgos se daban principalmente por efectos de agua, mujeres, comida (en época de hambre) y por peleas personales entre los caciques.

Según la costumbre, cuando un pueblo aceptaba luchar contra otro, limpiaba el área donde se efectuaría el combate. Antes de luchar, el sacerdote descuartizaba animales, para observar (mediante magia y hechicería) sus vísceras y ver si la guerra era favorable para el pueblo o no.

En el inicio de la batalla, los pipiles tocaban sus tambores, caparazones de tortugas, maracas,

caracoles y flautas y los combatientes daban gritos o alaridos con el fin de intimidar a su enemigo.

La victoria de una guerra, era motivo de celebración entre el pueblo. Primeramente, el cacique consultaba a Papahua (Sacerdote principal) para informarle sobre el resultado de la guerra y éste debía escoger a que Dios agradecer el resultado de la guerra, si la celebración era dedicada a Quetzalcoatl, tenía una duración de 15 días; si en cambio, era dedicada a Itzqueye, era de 5 días; en las fiestas, cada día era sacrificado un indio del bando enemigo.

El sacrificio de victoria, se realizaba de la siguiente manera: los combatientes entraban cantando y bailando a sus tierras, custodiando a los sacrificios (los cuales usaban plumas de quetzal y

/Sigue en página 8



Viene de página 7/

sartas de cacao en sus cuerpos), los capitanes iban en medio de ellos. A los victoriosos, el pueblo entero, el Papahua y los sacerdotes salían a recibirlos y es donde los capitanes ofrecen a el Papahua los sacrificios.

Después, todos ellos entran a un gran patio, entre canto y baile y colocan al indio del sacrificio de espaldas, en una piedra de apoyo; cuatro sacerdotes sostenían sus manos y pies. Se acerca el mayordomo (Tupilzín) cubierto de plumas y cascabeles y con una navaja de obsidiana en mano abre el pecho del sacrificio, saca el corazón aún palpitante y lo alza en alto a los cuatro vientos. A la quinta vez de alzarlo al aire, lo arroja al medio del patio y da gracias a Dios por la victoria de la guerra. El sacrificio es visto por todo el pueblo, sin excepciones.

Influencia en la actualidad

A pesar del enorme choque cultural entre los pueblos indígenas y los españoles, aún quedan unos cuantos rastros de la cultura de todos ellos en nuestras tierras. Los sitios arqueológicos como Joya de Cerén y Tazumal aún

A pesar del enorme choque cultural entre los pueblos indígenas y los españoles, aún quedan unos cuantos rastros de la cultura de todos ellos en nuestras tierras.

están en pie y abiertos a visitantes, la cultura del maíz se manifiesta en las comidas actuales donde las tortillas y las pupusas son cosa de todos los días. Y un aspecto importante de la influencia de ellos es que, varias de las leyendas como La Siguanaba y el Cipitío, proceden de creencias sobre los dioses de los pipiles, cambiando la historia o las circunstancias de la misma con el pasar de los años.

Ahora bien, es verdad, que la cultura pipil está prácticamente desaparecida, pero, no podemos negar, de ninguna manera, que de una forma u otra, todo nuestro pasado y los antepasados y su influencia aún en el siglo XXI están presentes y llegan a nosotros de formas tan comunes que ni siquiera las imaginamos.



Josefina
Pineda de
Márquez

CARÁCTER-CARACTERES

Son pocas las palabras que al pasar del singular al plural cambian su sílaba tónica. La palabra **CARÁCTER** es un sustantivo abstracto, género masculino, número singular y de acuerdo al lugar en que lleva la fuerza de voz es grave o llana y lleva tilde ortográfica (las graves o llanas se tildan cuando no terminan en N, S o

vocal).

El plural de **CARÁCTER** es **CARACTERES** con fuerza de voz en la sílaba **TE**, también es grave o llana pero no se tilda porque termina en **S**.

Pues bien, es de las poquísimas palabras que cambian su sílaba tónica.

La otra palabra que también cambia el lugar de su sílaba tónica es **RÉGIMEN**, su plural es **REGÍMENES**. Las dos se tildan porque son esdrújulas y éstas se tildan todas.

Vámonos al diccionario de la RAE. Debemos tener siempre a mano a este “gran amigo”

Carácter= Conjunto de cualidades psíquicas o afectivas que condicionan la conducta de una persona o de un pueblo. 2 – Condición, índole, naturaleza de algo o alguien que lo distingue de los demás. 3. Letra, signo tipográfico. 4. Señal espiritual que queda en una persona como efecto de un conocimiento o experiencia importantes. 5. Letras o signos tipográficos, casi siempre se usa en plural.

Con la deslumbrante Informática la palabra **caracteres** aplica a signos, dígitos y letras que tiene el teclado.

* María Julia Hernández fue una salvadoreña de un carácter bondadoso y a la vez enérgico por lo que fue amada y respetada.

* Dilma Russell es una mujer de carácter.

* Mi amiga Julita por su continuo ejercicio del bien tiene impreso un carácter de santidad.

* Entre los caracteres de algunas computadoras no está la letra “eñe”.

Régimen = Reglas y normas que dirigen o gobiernan un país, una institución o que definen la administración de un estado. 2 – Conjunto de normas que limitan la ingestión de algunos alimentos.

* Dice mi nieta: – Me he sometido a un régimen alimenticio para bajar de peso. – Qué bien, ojalá no vayas a volverte anoréxica.

* Los regímenes dictatoriales son odiosos.

DEL TRÓPICO

Rubén Darío

“¡Qué alegre y fresca la mañana!

Me agarra el aire por la nariz;
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita,
junto a una piedra muele maíz.”

Hasta pronto